

IGLESIA ANGLICANA ORTODOXA



RICHARD BAXTER

J. C. Ryle

Richard Baxter



HAY temas sobre los que es bueno mirar hacia atrás. Hay asuntos en los que el conocimiento del pasado puede enseñarnos sabiduría para el presente y el futuro. La historia de la religión es, por excelencia, uno de esos temas y asuntos. El vapor, la electricidad, los ferrocarriles y el gas han supuesto una maravillosa diferencia en la condición temporal de la humanidad en los últimos doscientos años. Pero todo este tiempo la Biblia y los corazones de los hombres han permanecido inalterados. Lo que los hombres hacían y pensaban en materia religiosa hace doscientos años, son capaces de hacerlo y pensarlo de nuevo. Lo que pensaban y hacían en Inglaterra en el siglo XVII es bueno saberlo.

Y así como hay temas sobre los que es prudente mirar hacia atrás, también hay épocas pasadas que merecen nuestra especial atención. Hay momentos en los que el carácter de una nación recibe una impresión indeleble de los acontecimientos que tienen lugar en una sola generación. Ha habido momentos en que los privilegios más preciados de un pueblo han nacido y han cobrado vigor a través de la desesperada agonía de la guerra civil y la lucha religiosa. Así, me permito decir, fueron los tiempos de los que voy a hablar en esta biografía.

A ninguna época los ingleses le deben tan profundamente su libertad civil y religiosa como a la época en que vivió Baxter. Con ningún grupo de hombres tienen una deuda de gratitud tan grande como con esa noble hueste de la que Baxter fue abanderado: Me refiero a los puritanos. Con ningún hombre de los puritanos tienen los amantes de la libertad religiosa obligaciones tan grandes como con Richard Baxter.

Soy plenamente consciente de las dificultades que rodean el tema. Es un tema que pocos historiadores tratan con justicia, simplemente porque no entienden la religión espiritual. Para un inconverso, las diferencias religiosas de la época de los puritanos deben parecer necesariamente una tontería. No está más capacitado para opinar sobre ellas que un ciego para hablar de cuadros. Es un tema que ningún clérigo de la Iglesia de Inglaterra puede abordar sin exponerse a la tergiversación. Será sospechoso de desafección a su propia Iglesia si habla favorablemente de hombres que se opusieron a los obispos. Pero es un tema sobre el que es muy importante que los ingleses tengan opiniones claras, y debo pedir que se me escuche con paciencia. Si puedo corregir algunas impresiones falsas, si puedo proporcionar algunos grandes principios para guiar a los hombres en estos tiempos peligrosos,

creo que habré hecho un servicio esencial a mis lectores. Y si no consigo que se interesen por "Baxter y su tiempo", estoy seguro de que la culpa no está en el tema, sino en mí.

Los tiempos en los que vivió Baxter comprenden una cantidad tan grande de asuntos interesantes, que debo necesariamente dejar muchos puntos de su historia completamente sin tocar.

Mi intención será clara cuando diga que nació en 1615 y murió en 1691. Casi toda su vida transcurrió bajo la dinastía de una casa que reinó en Inglaterra sin ningún beneficio para el país y sin ningún crédito para sí misma: Me refiero a los Estuardo. Vivió durante el reinado de Jacobo I, Carlos I, Carlos II y Jacobo II, y fue enterrado en el reinado de Guillermo III. Estuvo en la flor de la vida y el vigor intelectual durante los días de la Mancomunidad y las guerras civiles. Fue testigo del derrocamiento de la Monarquía y de la Iglesia de Inglaterra, y de su posterior restablecimiento. Fue contemporáneo de Cromwell, de Laud, de Strafford, de Hampden, de Pym, de Monk, de Clarendon, de Milton, de Hale, de Jeffreys, de Blake. En sus días tuvo lugar la ejecución pública de un monarca inglés, Carlos I; de un arzobispo de Canterbury, Laud; y de un lord teniente de Irlanda, Strafford. En el mismo período de su vida se encuentran la peste, el incendio de Londres, la Asamblea de Westminster, el Largo Parlamento, la Conferencia de Saboya y el rechazo de dos mil de los mejores ministros de la Iglesia de Inglaterra por el Acta de Uniformidad. Tales fueron los tiempos agitados en los que vivió Baxter. No puedo, por supuesto, pretender entrar de lleno en ellos. Su historia forma un cuadro enorme, como el panorama en movimiento que percibimos ante el Mississippi, que es totalmente imposible de abarcar de un vistazo. Simplemente trataré de fijar la atención en algunos de los rasgos principales del cuadro, y elegiré aquellos puntos que me parecen más útiles en la actualidad.

(a) Una característica notable en la historia de los tiempos de Baxter es el retroceso de los principios de la Reforma Protestante, que comenzó en su juventud. Los predicadores y escritores de la Iglesia de Inglaterra comenzaron a mantener doctrinas y prácticas que Latimer y Jewell nunca habrían sancionado. La sana enseñanza evangélica fue desacreditada y menospreciada, bajo el engañoso nombre de "calvinismo". Los buenos obispos, como Davenant, fueron desairados y reprendidos. Los malos obispos, como Montague y Wren, recibieron palmaditas en la espalda y fueron alentados. La predicación y las conferencias fueron depreciadas, y las formas y ceremonias fueron exaltadas. Los beneficios del episcopado fueron extravagantemente magnificados. En algunas iglesias se introdujeron candelabros y cruces, y toda clase de ornamentos papistas. La santidad del día del Señor fue invadida por el abominable "Libro de los Deportes", y se animó a la gente común a pasar el domingo en Inglaterra como se pasa ahora en Francia. Las mesas de comunión, que hasta ese momento se encontraban en el centro del presbiterio,

fueron retiradas al extremo este de las iglesias, colocadas detrás de barandillas y llamadas profanamente "altares". Contra todas estas operaciones de socavación y minería algunos, sin duda, protestaron en voz alta; pero aun así los zapadores y mineros siguieron adelante.

El principal agente de todo el movimiento fue el arzobispo Laud. Si ese infeliz pretendía realmente volver a unir la Iglesia de Inglaterra con la Iglesia de Roma es una cuestión que probablemente nunca se resolverá hasta el último día. Una cosa es muy cierta: nadie podría haber jugado el juego de Roma más a fondo que él.

Al igual que muchos otros hacedores de maldades antes y después, Laud tiró la casa en la que vivía sobre su propia cabeza. Al final levantó una tormenta, ante la cual la Iglesia, el Trono y los obispos se hundieron todos juntos, y en medio de la cual él mismo fue juzgado y perdió la vida. Pero la Iglesia de Inglaterra recibió una herida en los días de Laud de la que nunca se ha recuperado del todo.

Desde su época nunca ha faltado una sucesión de hombres entre sus ministros que hayan mantenido la mayoría de los principios de Laud, y ocasionalmente han seguido audazmente sus pasos. Tan ciertas son las palabras de Shakespeare,

"El mal que hacen los hombres vive después de ellos".

El daño que la Reina María hizo a la Iglesia de Inglaterra no fue nada comparado con el daño hecho por Laud.

Nunca debemos subestimar el daño que un hombre malo y audaz puede hacer, y especialmente en materia de religión. Las semillas del error son como los cardos. Una cabeza de cardo esparcida por el viento puede invadir todo un campo. Un Tom Paine puede criar infieles en todo el mundo. Un Laud puede sembrar generaciones con una maldad incalculable. Nunca supongamos que el ritualismo extremo es un hijo legítimo de la Iglesia de Inglaterra. No es así. Apenas se oyó hablar de él hasta la época de los Estuardo. Nunca supongamos que el Tractarianismo, o el Ritualismo, así llamado, es una nueva invención de estos últimos días. No es así. Tiene más de 200 años de antigüedad. El padre de los ritualistas extremos es el arzobispo Laud. Recordemos estas cosas, y habremos aprendido algo de los tiempos de Baxter.

(b) Otra característica notable en la historia de los tiempos de Baxter es la famosa guerra civil entre Carlos I. y su Parlamento.

Todas las guerras son un mal -un mal necesario a veces-, pero siguen siendo un mal; y de todas las guerras, la más angustiosa es la guerra civil. Es una especie de gran disputa familiar. Es una lucha en la que la victoria no trae gloria, porque la lucha ha sido la lucha de los hermanos. Edge Hill, y Newbury, y Marston Moor, y

Naseby, y Worcester, son nombres que no hacen más que evocar reflexiones dolorosas.

Los vencedores de cada batalla habían derramado la sangre de sus propios compatriotas, y disminuido la fuerza general de la nación.

Pero hay un punto de vista en el que la guerra civil entre Carlos I y su Parlamento fue especialmente angustiosa. Me refiero al hecho sorprendente de que la irreligiosidad y la inmoralidad generales del partido del Rey hicieron más por arruinar su causa que todos los ejércitos que el Parlamento levantó. Había cientos y miles de hombres firmes y tranquilos que, al principio de la guerra, deseaban quedarse quietos y no ayudar a ningún bando. Pero cuando vieron que un hombre no podía leer su Biblia a sus dependientes y tener oración con su familia sin ser perseguidos como "Cabezas Redondas", se sintieron obligados, en defensa propia, a unirse a las fuerzas parlamentarias. En pocas palabras, la maldad y el despilfarro de muchos de los Cavaliers llevaron a hombres piadosos a las filas de sus enemigos. No pongo en duda que hubiera mucha hipocresía, fanatismo y entusiasmo en el bando parlamentario. Que había algunos hombres buenos entre los Cavaliers, como Lord Falkland, no lo niego. Pero, después de todo, no tengo duda de que había mucha más religión verdadera entre los que lucharon por el Parlamento que entre los que lucharon por el Rey.

El resultado de la guerra civil, bajo estas peculiares circunstancias, no debe sorprender a nadie que conozca la naturaleza humana. Las tropas que bebían, juraban y vociferaban, lideradas por el Príncipe Rupert, Wilmot y Goring, no fueron rivales para los hombres que oraban, cantaban salmos y leían la Biblia y que Cromwell, Fairfax, Ireton, Harrison, Fleetwood y Desborough llevaron al campo. Los hombres más firmes serán a la larga los mejores soldados. Un bando que tiene un fuerte principio religioso entre sus partidarios rara vez será un bando perdedor. "Los que honran a Dios, Dios los honrará; y los que lo desprecian serán poco estimados".

Terminaré el tema de la guerra civil con una observación general y una advertencia.

Mi observación general es que, por mucho que lamentemos la guerra civil, debemos recordar con justicia que probablemente le debemos la excelente y libre Constitución que tenemos en este país. Dios puede sacar el bien del mal. Las oscilaciones de Inglaterra entre el despotismo y la anarquía, y la anarquía y el despotismo, durante muchos años después de la ruptura entre Carlos I y la Cámara de los Comunes, fueron ciertamente tremendamente violentas. Sin embargo, debemos confesar que probablemente se imprimieron grandes lecciones políticas en la mente de los ingleses en ese período, de las que nos estamos beneficiando en la actualidad. A los monarcas se les enseñó que, al igual los planetas en el cielo, deben contentarse con moverse en una órbita determinada, y que un pueblo ilustrado no

sería gobernado ni gravado sin el consentimiento de una Cámara de los Comunes sin restricciones. Se enseñó a las naciones que es mucho más fácil hacer pedazos que construir, y trastornar una antigua monarquía que encontrar un gobierno que sea un sustituto satisfactorio. No dudo de que muchos de los fundamentos de nuestros privilegios nacionales más selectos se establecieron en los tiempos de la Mancomunidad. Haremos bien en recordarlo. Podemos estar satisfechos de que este país tiene una inmensa deuda de gratitud con Brooke, Hampden, Eliot, Whitelock y Pym.

La advertencia que deseo hacer se refiere a la ejecución de Carlos I. Haremos bien en recordar que la mayor parte de los puritanos estaban totalmente libres de culpa en el juicio y la muerte del Rey. Es un error vulgar suponer, como hacen muchos, que todo el partido parlamentario es responsable de ese acto malvado e impolítico. La inmensa mayoría de los presbiterianos protestaron ruidosamente contra él. Baxter nos dice expresamente en su autobiografía que, junto con muchos otros ministros, declaró su aborrecimiento por ello, y que hizo todo lo posible por evitarlo. El hecho fue obra de Cromwell y sus adherentes inmediatos en el ejército, y es a su puerta donde debe recaer toda la culpa. No hay duda de que el grueso de los puritanos se alineó con el bando parlamentario. Pero en cuanto a cualquier aversión abstracta a la realeza, o el asentimiento a la muerte del rey Carlos, los puritanos son totalmente inocentes. Recordemos esto, y habremos aprendido algo de la historia de los tiempos de Baxter.

(c) La siguiente característica en la historia de los tiempos de Baxter, a la que me atreveré a llamar la atención, es el ascenso y la conducta de ese hombre notable, Oliver Cromwell.

Hay pocos hombres sobre cuyo carácter se ha vertido más oprobio que el de Oliver Cromwell. Algunos lo han pintado como un monstruo de maldad e hipocresía. Nada ha sido demasiado malo para decir de él. Tal estimación de él es simplemente ridícula. Desaprovecha el fin de quienes la forman. Olvidan que no es un cumplido para Inglaterra suponer que toleraría durante tanto tiempo el gobierno de semejante monstruo. El hombre que pudo pasar de ser el hijo de un cervecero de Huntingdon a ser el general más exitoso de su época, y dictador absoluto de este país durante muchos años, debe haber sido, a primera vista, un hombre extraordinario.

Por mi parte, digo francamente que creo que debemos considerar que la estimación de Cromwell, que Carlyle y D'Aubigne han formado, se acerca a la verdad. Reconozco que no puedo llegar al extremo de este último escritor. No me atrevo a afirmar que Cromwell fuera un cristiano sincero. Dejo la cuestión en suspenso. No me atrevo a opinar sobre ello, ni en un sentido ni en otro, porque no encuentro materiales suficientes para formarme una opinión. Si sólo mirara sus cartas privadas, no dudaría en llamarlo un hombre convertido. Pero cuando observo algunos de sus actos públicos, veo muchas cosas que me parecen bastante inexplicables. Y cuando

observo las dudas que Baxter y otros hombres buenos, que fueron sus contemporáneos, hablan de él, mis dudas sobre su espiritualidad aumentan. En resumen, me alejo de la cuestión en un estado de duda.

No tengo ninguna duda de que Oliver Cromwell fue uno de los más grandes ingleses que jamás haya existido. Ningún hombre, tal vez, ganó el poder supremo por la espada, y luego usó ese poder con tanta moderación como él. Inglaterra fue probablemente más temida y respetada en toda Europa, durante el corto tiempo en que fue Protector, de lo que nunca fue antes, o nunca ha sido desde entonces. Su propio nombre llevaba consigo el terror. Declaró que haría el nombre de un inglés tan grande como el de un romano. Y ciertamente lo logró. Hizo saber públicamente que no permitiría que la fe protestante fuera insultada en ninguna parte del mundo. Y cumplió su palabra. Cuando el Duque de Saboya comenzó a perseguir a los Valdenses en sus días, Cromwell interfirió inmediatamente en su favor, y nunca descansó hasta que el ejército del Duque fue retirado de sus pueblos, y los bienes y casas de la pobre gente fueron restituidos. Cuando algunos protestantes de Nismes, en Francia, fueron amenazados con un uso opresivo por parte del gobierno francés, Cromwell dio instrucciones a su embajador en París para que insistiera perentoriamente en que se abandonara el procedimiento contra ellos y, en caso de negativa, que abandonara París inmediatamente. De hecho, se decía que el Cardenal Mazarin, el Ministro francés, cambiaba de semblante cuando se mencionaba el nombre de Cromwell; y que era casi proverbial en Francia, que el Cardenal tenía más miedo de Cromwell que del diablo. En cuanto al Papa, estaba tan asustado por una flota que Cromwell envió al Mediterráneo, bajo el mando de Blake, para arreglar algunos asuntos con el Duque de Toscana, que ordenó que se hicieran procesiones en Roma, y que la Hostia fuera expuesta durante cuarenta horas, para evitar los juicios de Dios y salvar a la Iglesia. En resumen, la influencia del protestantismo inglés nunca se sintió tan poderosamente en toda Europa como en los días de Oliver Cromwell.

Sólo pediré a mis lectores que recuerden, además de estos hechos, que el gobierno de Cromwell fue notable por su tolerancia, y esto, además, en una época en la que la tolerancia era muy poco entendida, - que su vida privada fue irreprochable, - y que impuso un estándar de moralidad en todo el reino que era, desgraciadamente, desconocido en los días de los Estuardo. Recordemos todas estas cosas, y entonces creo que no cederemos ligeramente a la opinión común de que Cromwell era un hombre malvado e hipócrita. Estemos seguros de que su carácter merece un tratamiento mucho mejor del que generalmente ha recibido hasta ahora. Considerémoslo como alguien que, con todos sus defectos, hizo grandes cosas por nuestro país. No dejemos que esos defectos cieguen nuestros ojos a la verdadera grandeza de su carácter. Démosle un alto lugar en la lista de grandes hombres que tenemos ante nuestros ojos. Hagamos esto, y habremos aprendido algo de los tiempos de Baxter.

(d) Hay una característica más en la historia de los tiempos de Baxter que me parece imposible pasar por alto. Me refiero a la ceguera suicida de la Iglesia de Inglaterra bajo los Estuardo.

Toco este tema con cierta reticencia. Amo a la Iglesia de la que soy ministro, de corazón y sinceramente. Pero nunca he descubierto que mi Iglesia tenga pretensiones de infalibilidad, y estoy obligado a confesar que en tiempos de los Estuardo cometió algunos errores tremendos. Lejos de mí decir que estos errores fueron imputables a todos sus miembros. Abbot, y Carlton, y Davenant, y Hall, y Prideaux, y Usher, y Reynolds, y Wilkins, fueron brillantes excepciones entre los obispos, tanto en la doctrina como en la práctica. Pero, desgraciadamente, estos buenos hombres estaban siempre en minoría en la Iglesia; y la manera en que la mayoría administraba los asuntos de la Iglesia es el tema sobre el que quiero llamar la atención. Deberíamos saber algo sobre el tema, porque sirve para arrojar una inmensa luz sobre la historia de nuestras infelices divisiones religiosas en este país. Debemos saber algo de él, porque está íntimamente ligado a la vida de Baxter.

Una parte de la ceguera suicida de la Iglesia, a la que me he referido, fue su largo intento de obligar a la conformidad, y prohibir los ejercicios religiosos privados, mediante penas y castigos. Se mantuvo una cruzada regular contra todos los que infringían sus cánones o hacían algo contrario a sus rúbricas. Cientos y miles de hombres, durante muchos años, fueron citados ante los magistrados, multados, encarcelados y, a menudo, arruinados; no porque hubieran ofendido al Evangelio o a los Diez Mandamientos, ni porque hubieran atacado abiertamente a las Iglesias, sino simplemente porque habían transgredido alguna pequeña ordenanza eclesiástica, más honrada en su incumplimiento que en su observancia; o porque intentaban, mediante reuniones privadas y tranquilas, obtener alguna edificación espiritual más allá de la que proporcionaban los servicios públicos de la Iglesia. En una época leemos que a hombres buenos se les cortaron las orejas y se les cortó la nariz, por escribir de forma desfavorable sobre los obispos. Este fue el destino del padre del arzobispo Leighton. En otra época, leímos que se había promulgado una ley por la cual cualquiera que estuviera presente en una reunión de cinco o más personas, en la que se ejerciera la religión de manera distinta a la permitida por la Liturgia de la Iglesia de Inglaterra, sería multado o encarcelado por tres meses por la primera infracción, seis meses por la segunda y, por la tercera, arrestado por siete años. Muchos temían tener una oración familiar si había más de cuatro conocidos presentes. Algunas familias tenían escrúpulos para dar las gracias si había cinco extraños en la mesa. Tal era el estado de Inglaterra en el siglo XVII bajo los Estuardo.

El resultado de esta miserable política fue exactamente el que cabía esperar. Surgió un espíritu de profundo descontento por parte de los perseguidos. Surgió entre ellos un sentimiento de desafección hacia la Iglesia en la que habían sido bautizados, y una convicción arraigada de que un sistema debía ser necesariamente

malo en "principio" si podía dar tales frutos. Los hombres se hartaron del nombre mismo de la Liturgia, cuando estaba ligado en sus memorias con una multa o una cárcel. Los hombres se cansaron del episcopado, cuando encontraron que los obispos eran más frecuentemente un terror para las buenas obras que para las malas. Las palabras de Baxter, en un sorprendente pasaje sobre este tema en su autobiografía, son muy notables: "Cuanto más pensaban los obispos en curar el cisma mediante el castigo, más aumentaba la opinión de que perseguían a los enemigos de la piedad, y a los capitanes de los profanos".

¿Y quién que conozca la naturaleza humana puede asombrarse de tal estado de ánimo? La masa de los hombres generalmente juzgará una institución por su administración, más que por sus excelencias abstractas. Cuando los ingleses sencillos vieron que un hombre podía hacer casi cualquier cosa con tal de no quebrantar un canon eclesiástico; - cuando vieron que la gente podía apostar, y jurar, y emborracharse, y nadie les hacía temer, pero que la gente que se reunía después del servicio para cantar salmos y unirse en oración era duramente castigada; cuando vieron que los impíos, ignorantes, réprobos, derrochadores, se sentaban bajo sus propias vides e higueras en paz, siempre que se conformaran y acudieran a sus iglesias parroquiales, pero que las personas humildes, santas, conscientes y lectoras de la Biblia, que a veces salían de sus parroquias para ir a la iglesia, eran severamente multadas; - cuando descubrieron que Carlos II y sus compañeros de bonanza eran libres de malgastar la sustancia de una nación en una vida desenfrenada, mientras los santos de la nación, como Baxter y Jenkyn, se pudrían en las cárceles; digo que cuando los ingleses sencillos vieron estas cosas, les resultó difícil amar a la Iglesia que las hacía. Sin embargo, todo esto podría haberse visto a menudo en muchos condados de Inglaterra bajo los Estuardo. Si esto no era una ceguera suicida por parte de la Iglesia de Inglaterra, no sé lo que es. Estaba ayudando al diablo, expulsando a los hombres buenos de su comunión. Se estaba desangrando literalmente hasta morir.

La mayor locura que cometió la mayoría en la Iglesia de Inglaterra bajo los Estuardo fue conseguir que se promulgara el Acta de Uniformidad en el año 1662. Esto, deben recordar, tuvo lugar al comienzo del reinado de Carlos II, y poco después del restablecimiento de la Monarquía y la Iglesia.

Esta famosa ley impuso a todos los ministros de la Iglesia de Inglaterra términos y condiciones para ejercer su cargo que nunca antes se habían impuesto desde la época de la Reforma. Fue notoriamente redactada para ofender las conciencias de los puritanos y expulsarlos de la Iglesia. Para este propósito fue totalmente exitoso. En el plazo de un año, no menos de 2.000 clérigos renunciaron a su vida antes de aceptar sus condiciones. Muchos de estos 2.000 eran los mejores, los más hábiles y los más santos ministros de la época. Muchos hombres, que habían sido ordenados regularmente por los obispos, y que habían pasado veinte o treinta años al servicio de la Iglesia sin ser molestados, fueron repentinamente obligados a aceptar las

nuevas condiciones para mantener la preferencia, y se vieron obligados a morir de hambre porque se negaron. Sesenta de las principales parroquias de Londres fueron privadas de inmediato de sus ministros, y sus congregaciones quedaron como ovejas sin pastor. Teniendo en cuenta todas las cosas, un hecho más impolítico y vergonzoso nunca desfiguró los anales de una Iglesia Protestante.

Fue un acto vergonzoso, porque contradecía de plano la propia promesa de Carlos II en Breda, antes de regresar del exilio. Fue traído de vuelta con el claro entendimiento de que la Iglesia de Inglaterra debía ser restablecida sobre una base tan amplia y liberal como para satisfacer los escrúpulos de conciencia de los puritanos. Si no hubiera sido por la ayuda de los puritanos, nunca habría regresado. Y sin embargo, tan pronto como las riendas del poder estuvieron en manos del Rey, su promesa fue rota deliberadamente.

Fue un acto vergonzoso, porque la gran mayoría de los ministros expulsados podrían haber sido fácilmente retenidos en la Iglesia por unas pequeñas concesiones. No tenían ninguna objeción abstracta al episcopado o a la liturgia. Unas pocas alteraciones en las oraciones y una libertad moderada en la realización del culto divino, según los cálculos de Baxter, habrían satisfecho a 1.600 de los 2.000. Pero el partido gobernante estaba decidido a no hacer ni una sola concesión. No deseaban mantener a los puritanos en la Iglesia. Cuando alguien observó al arzobispo Sheldon, el principal impulsor del asunto, que creía que muchos de los puritanos se conformarían y aceptarían el Acta de Uniformidad, el arzobispo respondió: "Me temo que lo harán". Para mostrar el espíritu del partido gobernante en la Iglesia, de hecho, añadieron el número de lecciones apócrifas en el calendario del Libro de Oración en ese momento. Se felicitaron entre ellos por haber expulsado a los puritanos y por haber introducido a Bel y al Dragón.

Fue un acto vergonzoso, porque los ministros expulsados eran, muchos de ellos, hombres de tal capacidad y logros, que deberían haberse hecho grandes concesiones para retenerlos en la Iglesia. Baxter, Poole, Manton, Bates, Calamy, Brooks, Watson, Charnock, Caryl, Howe, Flavel, Bridge, Jenkyn, Owen, Goodwin, son nombres cuya alabanza está aún en todas las Iglesias. Los hombres que los han rechazado no se pueden comparar con ellos. Los nombres de la gran mayoría de estos rechazadores apenas si son conocidos. Pero tenían el poder de su lado, y estaban decididos a usarlo.

Fue un acto vergonzoso, porque mostró al mundo que los líderes de la Iglesia de Inglaterra, como los Borbones en los tiempos modernos, no habían aprendido ni olvidado nada durante su exilio. No habían olvidado las viejas malas costumbres de Laud, que habían traído tanta miseria a Inglaterra. No habían aprendido que la conciliación y la concesión son las gracias más convenientes en los gobernantes de una Iglesia, y que la persecución, a la larga, es seguramente un juego perdido.

No me atrevo a detenerme más en este punto. Podría fácilmente presentar más ejemplos de esta triste característica en los tiempos de Baxter. Podría hablar de la infame Ley de Oxford, en 1665, que prohibía a los infelices ministros expulsados vivir a menos de cinco millas de cualquier ciudad corporativa, o de cualquier lugar donde hubieran predicado anteriormente. Pero se ha dicho lo suficiente para mostrar que cuando hablé de la ceguera suicida de la Iglesia de Inglaterra, no lo hice sin motivo. Las consecuencias de esta ceguera son manifiestas para cualquiera que conozca Inglaterra. El estado de división del protestantismo en este país es, por sí mismo, un gran hecho que dice mucho.

Siempre protestaré contra la política del partido gobernante en la Iglesia de Inglaterra, bajo los Estuardo. No siento los escrúpulos que Baxter y sus hermanos expulsados sintieron por el Acta de Uniformidad. Por mucho que los respete, creo que están equivocados y mal orientados en sus juicios. Pero creo que el Arzobispo Sheldon, y los hombres que se negaron a dar un paso para conocerlos, estaban mucho más equivocados y mucho más errados. Creo que hicieron un daño a la causa de la verdadera religión en Inglaterra, que probablemente nunca será reparado, al sembrar las semillas de interminables divisiones. Fueron los hombres que pusieron los cimientos de la disidencia inglesa. Creo que desperdiciaron imprudentemente una oportunidad de oro para hacer el bien. Podrían haber hecho fácilmente que mi amada Iglesia fuera mucho más eficaz y mucho más útil de lo que nunca ha sido mediante concesiones sabias y oportunas. Se negaron a hacerlo y, en lugar de una medida curativa, presentaron su infeliz Acta de Uniformidad. Reniego de cualquier simpatía con sus procedimientos, y nunca puedo pensar en ellos sin el más profundo pesar.

No puedo dejar el tema de los tiempos de Baxter sin ofrecer un consejo a mis lectores. Les aconsejo, entonces, que no crean todo lo que puedan leer sobre el tema de los tiempos de los Estuardos. Quizá no haya ninguna época en la que los prejuicios y el espíritu de partido hayan deformado tanto el juicio y hayan enturbiado la visión de los historiadores. Si alguien quiere una historia realmente justa e imparcial de la época, le aconsejo encarecidamente que lea la "Historia de los puritanos" de Marsden. Considero que estos dos volúmenes son la adición más valiosa que se ha hecho a nuestra reserva de historia religiosa en los tiempos modernos.

Ahora paso de los tiempos de Baxter al propio Baxter. Sin algún conocimiento de la época, difícilmente podemos entender el carácter y la conducta del hombre. Unos pocos datos sobre el hombre serán más útiles que cualquier cosa que pueda escribir para fijar en nuestras mentes los tiempos.

Richard Baxter era hijo de un pequeño propietario de tierras de Eaton Constantine, en Shropshire, y nació, en 1615, en Rowton, en el mismo condado, donde residía el Sr. Adeney, el padre de su madre.

Parece haber estado bajo impresiones religiosas desde un período muy temprano de su vida, y por ello, bajo Dios, fue deudor de la formación de un padre piadoso. Shropshire era un condado muy oscuro e impío en aquellos días. Los ministros eran generalmente ignorantes, sin gracia e incapaces de predicar; y el pueblo, como era de esperar, era despilfarrador y despreciaba a los que eran buenos. En Eaton Constantine, los feligreses pasaban la mayor parte del día del Señor bailando alrededor de un "palo de mayo" cerca de la puerta del viejo Sr. Baxter, para su gran aflicción y molestia. Sin embargo, incluso aquí la gracia triunfó sobre el mundo en el caso de su hijo, y fue añadido a la noble hueste de aquellos que "sirven al Señor desde su juventud".

Siempre es interesante observar los nombres de los libros religiosos que Dios se complace en utilizar para llevar a las almas al conocimiento de sí mismo. Los libros que más efecto tuvieron sobre Baxter fueron, "Resolución" de Bunney; Perkins "Sobre el arrepentimiento", "Sobre cómo vivir y morir bien", y "Sobre el gobierno de la lengua"; "Culverwell "Sobre la fe"; y "La caña magullada" de Sibbs. La enfermedad y la perspectiva de la muerte hicieron mucho para llevar a cabo el trabajo espiritual dentro de él. Dice en su Autobiografía: "La debilidad y el dolor me ayudaron a estudiar cómo morir. Eso me puso a estudiar cómo vivir, y eso a estudiar las doctrinas de las que debo sacar mis razones y mis consuelos".

A los veintidós años fue ordenado clérigo por Thornborough, obispo de Worcester. Nunca tuvo la ventaja de una educación universitaria. Una escuela gratuita en Wroxeter, y un tutor privado en Ludlow, habían hecho algo por él; y su propio amor insaciable por el estudio había hecho mucho más. Probablemente entró en el ministerio mucho mejor provisto de conocimientos teológicos que la mayoría de los jóvenes de su época. Ciertamente entró en él con calificaciones mucho mejores que el conocimiento del griego y el hebreo. Entró en él verdaderamente movido por el Espíritu Santo, y como un hombre convertido. Él mismo dice: "Sabía que la falta de honores y grados académicos iba a hacerme despreciable ante los más. Pero, sin embargo, esperando estar tan pronto en otro mundo, la gran preocupación por las almas miserables prevaleció en mí contra todos los impedimentos. Y siendo consciente de un deseo sediento de mover la conciencia y conducir a la salvación a los hombres, resolví que si una o dos almas pudieran ser ganadas para Dios, esto recompensaría fácilmente toda la deshonra que, por falta de títulos, podría sufrir de los hombres".

Desde el momento de su ordenación hasta su muerte, la vida de Baxter fue una serie constante de extrañas vicisitudes e intensos esfuerzos físicos y mentales. A veces en la prosperidad y a veces en la adversidad, - a veces alabado y a veces perseguido, - en un período catequizando en las vías de Kidderminster, en otro disputando con los obispos en la Conferencia de Saboya, - un año escribiendo el "Descanso del Santo", a punto de morir, en una tranquila casa de campo, otro año

como capellán de marcha de un regimiento en el ejército de Cromwell, - un día siendo llamado a recibir un obispado por Carlos II, un año defendiendo la monarquía con Cromwell, y diciéndole que era una bendición, otro juzgado ante Jeffreys por un cargo de escritura sediciosa, un tiempo viviendo tranquilamente en Acton en la sociedad del Juez Hale, y otro languideciendo en prisión bajo una atroz persecución eclesiástica, - un día teniendo discusiones públicas sobre el bautismo de niños, con Mr. Tombes, en la Iglesia de Bewdley, otro presidiendo el escritorio de lectura de la Iglesia de Amersham desde la mañana hasta la noche contra los argumentos teológicos de los dragones antinómicos en la galería, - a veces predicando las doctrinas más claras, a veces manejando los puntos metafísicos más abstrusos, - a veces escribiendo folios para los eruditos, a veces escribiendo periódicos para los pobres, - nunca, tal vez, ningún ministro cristiano ocupó tantos puestos diferentes; y nunca, ciertamente, nadie salió de todos ellos con una reputación tan intachable. Siempre sufriendo bajo una enfermedad incurable, y rara vez sin dolor, - siempre trabajando su mente al máximo, y nunca ocioso por un día, - aparentemente abrumado con los negocios, y sin embargo nunca rechazando un nuevo trabajo, - viviendo en medio de las escenas más emocionantes, y sin embargo manteniendo conversaciones diarias con Dios, - no lo suficientemente partidario para satisfacer a cualquier lado, y sin embargo temido y cortejado por todos, - demasiado monárquico para complacer al partido parlamentario y, sin embargo, demasiado relacionado con el Parlamento, al igual que demasiado santo para ser popular entre los Cavaliers, - demasiado episcopal para satisfacer a la parte violenta del cuerpo puritano y demasiado puritano para ser confiable para los obispos, - nunca, probablemente, el hombre cristiano disfrutó de tan poco descanso, aunque sirviendo a Dios con una conciencia pura, como lo hizo Richard Baxter.

En 1638 comenzó su ministerio, predicando en la Iglesia Superior de Dudley. Allí permaneció un año. De Dudley se trasladó a Bridgnorth. Allí continuó un año y tres cuartos. De Bridgnorth se trasladó a Kidderminster. Desde allí, después de dos años, se retiró a Coventry, al comienzo de los problemas de la Mancomunidad, y esperó el progreso de la guerra civil. Desde Coventry, tras la batalla de Naseby, se unió al ejército parlamentario en calidad de capellán de regimiento. Aceptó este cargo con la vana esperanza de poder hacer algún bien entre los soldados y contrarrestar los ambiciosos designios de Cromwell y sus amigos. Se vio obligado por la enfermedad a dejar su capellanía en 1646, y permaneció durante algunos meses entre la vida y la muerte en las hospitalarias casas de Sir John Coke de Melbourne, en Derbyshire, y Sir Thomas Rotas de Rouslench, en Worcestershire. A finales de 1646 regresó a Kidderminster, y allí continuó trabajando infatigablemente como ministro parroquial durante catorce años. En 1660 partió de Kidderminster a Londres, y tomó parte activa en la promoción de la restauración de Carlos II, siendo nombrado uno de los capellanes del rey. En Londres, predicó sucesivamente en St. Dunstan, Black Friars y St. Bride. Poco después le ofrecieron el obispado de Hereford, pero consideró oportuno rechazarlo. En 1662 fue uno de los 2000 ministros que fueron expulsados de la Iglesia por el Acta de Uniformidad. Inmediatamente después de su expulsión,

se casó con una esposa que parece haber sido digna de él en todos los sentidos, quien llegó a ser su amada y fiel compañera durante diecinueve años. Se llamaba Margaret Charlton, de Apley Castle, en Shropshire. Después vivió en varios lugares de Londres y sus alrededores: en Acton, Totteridge, Bloomsbury y, por último, en Charterhouse Square. El vergonzoso trato de sus enemigos le hizo casi imposible tener un lugar de residencia seguro. En una ocasión, en este periodo de su vida, le ofrecieron un obispado escocés o la decanatura de una universidad escocesa, pero rechazó ambos cargos. Con pocas excepciones, los últimos veintinueve años de su vida fueron amargados por repetidos juicios, multas, encarcelamientos y controversias acuciantes. Cuando podía, predicaba, y cuando no podía predicar, escribía libros; pero siempre estaba haciendo algo. La revolución y la llegada de Guillermo III le dieron un pequeño respiro de la persecución, y la muerte finalmente llevó al buen anciano a ese lugar "donde los malvados dejan de molestarse y los cansados descansan", en el año 1691, a los setenta y seis años de su edad.

Este es un breve resumen de la vida de uno de los más distinguidos puritanos que vivieron bajo los Estuardos, y uno de los más devotos ministros del Evangelio que este país ha visto. Es un esbozo que, podemos creer fácilmente, podría ser llenado hasta una longitud indefinida. No puedo, por supuesto, pretender hacer más que dirigir la atención a unos pocos detalles importantes. Si no digo más, no es por falta de tener que contar. Ahora bien, si alguien desea saber por qué el nombre de Baxter está tan alto como lo está en la lista de los dignos ingleses, le pido que me preste atención durante unos minutos, y pronto le mostraré la causa.

En primer lugar, Baxter era un hombre de la más eminente santidad personal. Pocos hombres han vivido ante los ojos del mundo durante cincuenta o sesenta años, como él, y han dejado una reputación tan justa y sin mancha. Por más que muchos lo odiaran con amargura y crueldad, no pudieron encontrar en él defecto alguno, excepto "en cuanto a la ley de su Dios". Parece haber sido santo en todas las relaciones de la vida y en todas las circunstancias en las que se puede encontrar un hombre: santo como hijo, como esposo, como ministro y como amigo, santo en la prosperidad y en la adversidad, en la enfermedad y en la salud, en la juventud y en la vejez. Orme, en su admirable vida sobre él, dice que fue, en el sentido más elevado, un hombre "sobrenatural". Vivía con Dios, y Cristo, y el cielo, y la muerte, y el juicio, y la eternidad continuamente ante sus ojos. No le importaban las cosas buenas de este mundo, un obispado, con todos sus emolumentos y honores, no tenía ningún encanto para él. Nada le importaba la enemistad del mundo, ningún temor al desagrado de los hombres le apartó ni un ápice de su camino. Era singularmente independiente de la alabanza o el señalamiento del hombre. Podía ser audaz como un león en presencia de Cromwell o Carlos II, y sus obispos; y sin embargo, podía ser manso como un cordero con los pobres que buscaban cómo salvarse. Podía ser celoso como un cruzado por los derechos de conciencia, y sin embargo era de un espíritu tan católico que amaba a todos los que amaban a Jesucristo con sinceridad. "Sea por conformistas o por inconformistas", decía, "me

alegro de que se predique a Cristo". Era un hombre verdaderamente humilde. A uno que le escribió expresándole admiración por su carácter, le contestó, "Admiras a alguien que no conoces, el conocimiento curaría tu error". Una justa epístola de Cristo, considerando las asombrosas pruebas de paciencia por las que tuvo que pasar, tales como las que pocas veces este país ha visto y de las que Richard Baxter padeció. Recordemos este punto en el carácter de Baxter. Ningún argumento tiene tanto poder duradero frente al mundo como una vida santa y coherente. Recordemos que esta santidad fue alcanzada por un hombre de pasiones similares a las nuestras. Que Baxter sea un estímulo y un ejemplo. Recordemos que el Señor Dios de Baxter no ha cambiado.

Por otra parte, Baxter fue uno de los predicadores más poderosos que jamás se haya dirigido a una congregación inglesa. Parece haber poseído todos los dones que generalmente se consideran para hacer un perfecto "maestro de asambleas". Tenía una fluidez asombrosa, - un enorme acopio de materia, - un estilo sumamente claro y lúcido, - un dominio ilimitado de un lenguaje vigoroso, - un estilo enjundioso, punzante y enfático de presentar la verdad, - una voz singularmente conmovedora que confrontaba al pecador con su miseria, - y una disposición seria, de tal manera que barría todo lo que tenía delante como un torrente. Solía decir: "La predicación debe ser seria, de tal forma que haga que los hombres la escuchen y la obedezcan seriamente". Dos conocidos versos suyos muestran al hombre:

"Predicaré como si nunca pudiera volver a predicar,
y lo haré como un moribundo a moribundos".

El Dr. Bates, contemporáneo suyo, dice de él: "Tenía una maravillosa felicidad y abundancia al hablar. Había una noble bondad en su estilo. Su gran mente no podía rebajarse a una mera elocuencia que procura persuadir sólo con palabras. Despreciaba la oratoria ostentosa. Pero sus expresiones eran tan claras y poderosas, tan convincentes para el entendimiento, tan penetrantes en el alma, tan atractivas para los afectos, que quien no se dejaba seducir por tan sabio encantador era a causa de su sordera tal como la de una víbora".

Los efectos que produjo su predicación fueron los que tal predicación siempre ha producido y siempre producirá. Así como fue bajo el púlpito de Latimer y Whitfield, así fue bajo el púlpito de Baxter. En Dudley, los pobres trabajadores no sólo abarrotaban la iglesia, sino que incluso se colgaban de las ventanas y de las verjas exteriores. En Kidderminster fue necesario construir cinco nuevas galerías para acomodar a la congregación. En Londres, las multitudes que asistían a su ministerio eran tan numerosas que a veces resultaba peligroso, y a menudo imposible, ser uno de sus oyentes.

Una vez, cuando estaba a punto de predicar en St. Lawrence, Jewry, avisó al ministro Vines que el conde de Suffolk y lord Broghill venían con él en carruaje y

que estarían encantados de ocupar sus asientos. Pero cuando él y sus nobles acompañantes llegaron a la puerta, la muchedumbre tenía tan poco respeto por las personas, que este par tuvieron que volver a casa porque no podían ubicarse en una locación deseable. El propio Sr. Vines se vio obligado a subir al púlpito y sentarse detrás del predicador por falta de espacio, y Baxter predicó de pie entre los pies del Sr. Vines.

En otra ocasión, mientras predicaba ante una enorme multitud en St. Dunstan's, Fleet Street, hizo un uso llamativo de un incidente que tuvo lugar durante el sermón. Se cayó un trozo de ladrillo en el campanario y se dio la alarma de que la iglesia, un edificio viejo y podrido, se estaba cayendo.

Apenas se había disipado la alarma, cuando un banco, en el que se encontraban algunas personas, se rompió debido al peso de estas, y la confusión fue mayor que nunca. Muchos se agolparon a las puertas para salir, y todos estaban en estado de pánico. Se oyó a una anciana pedir perdón a Dios por haber acudido a la iglesia y prometer que, si salía sana y salva, no volvería nunca más. En medio de toda la confusión, sólo Baxter se mantuvo tranquilo e impassible. Tan pronto como se restableció el orden, se levantó y dijo: "Estamos al servicio de Dios para prepararnos para no tener miedo al gran ruido del mundo en disolución, cuando los cielos pasen y los elementos se fundan con ardiente calor". Así era Baxter. Este era el tipo de cosas que no sólo tenía gracia, sino dones y aptitudes, para hacer. Siempre hablaba como alguien que veía a Dios y sentía la muerte a sus espaldas.

Un hombre así rara vez dejará de predicar bien. A un hombre así rara vez le faltarán oyentes. Un hombre así merece ser embalsamado en la memoria de todos los que quieren saber lo que Dios puede hacer por un hijo de Adán por medio de Su Espíritu. Un hombre así merece ser alabado.

Por otra parte, Baxter fue uno de los pastores de parroquia y congregación más exitosos que jamás haya existido. Cuando llegó a Kidderminster lo encontró un lugar oscuro, ignorante, inmoral, irreligioso, que contenía, tal vez, 3.000 habitantes. Cuando la dejó, al cabo de catorce años, la había puesto completamente patas arriba. "El lugar antes de su llegada", dice el Dr. Bates, "era como un pedazo de tierra seca y estéril; pero, por la bendición del cielo sobre su trabajo, el rostro del Paraíso apareció allí. Lo malo se convirtió en bueno, y lo bueno en mejor". El número de sus comulgantes regulares promediaba los 600. "De ellos", nos dice Baxter, "no había doce de los que no tuviera buenas esperanzas en cuanto a su sinceridad". El Día del Señor era reverenciado y observado a cabalidad. Se decía: "Podrías haber oído a cien familias cantando salmos y repitiendo sermones mientras pasabas por las calles". Cuando llegó allí, había más o menos una familia por calle que adoraba a Dios en casa. Cuando se marchó, había algunas calles en las que no había más de una familia en un lado que no lo hiciera; y esto sucedía incluso en las posadas y casas públicas. Incluso de las familias irreligiosas, había muy pocas que no tuvieran

algún pariente convertido. "Algunos de los pobres llegaron a ser tan versados en teología que entendían todo el cuerpo de la divinidad, y eran capaces de juzgar controversias difíciles. Algunos eran tan hábiles en la oración que pocos ministros podían igualarlos en orden, plenitud, expresiones aptas, oratoria santa y fervor. Lo mejor de todo era que el temperamento de sus mentes y la inocencia de sus vidas eran mucho más loables incluso que sus dones".

El gran instrumento al que Baxter solía atribuir este asombroso éxito era su sistema de visitas domiciliarias y conferencias privadas regulares con sus feligreses. Sin duda esto hizo un inmenso bien, y más aún porque era algo nuevo en aquellos días. Sin embargo, no se puede negar el hecho de que la maquinaria parroquial más elaborada de los tiempos modernos nunca ha producido efectos como los que acaban de escuchar en Kidderminster. Y creo que la verdadera razón de esto es que ninguna parroquia ha tenido jamás un resorte tan maravilloso en su centro como lo fue Baxter. Mientras algunos teólogos discutían sobre el derecho divino del episcopado o del presbiterio, o discutían sobre la reprobación y el libre albedrío, Baxter siempre estaba visitando de casa en casa y suplicando a los hombres, por amor a Cristo, que se reconciliaran con Dios y huyeran de la ira venidera. Mientras otros se enredaban en la política y "enterraban a sus muertos" entre los tiestos de la tierra, Baxter vivía una vida crucificada y predicaba diariamente el Evangelio. Sospecho que fue el mejor y más sabio pastor que jamás haya tenido una parroquia inglesa, y un modelo que muchos rectores o vicarios modernos harían bien en seguir. Una vez más digo, ¿no tengo derecho a decir que no se debe permitir que un instrumento tan pulido como éste se oxide en el olvido? Un hombre como este merece ser alabado.

Por otra parte, Baxter fue uno de los escritores teológicos más diligentes que el mundo haya visto jamás. Pocos tienen la menor idea del inmenso número de obras de divinidad que escribió en los cincuenta años de su vida activa. Se calcula que llenarían sesenta y ocho volúmenes, que comprenden no menos de aproximadamente 35.000 páginas impresas. No cabe duda de que no todas estas obras tienen el mismo mérito, y probablemente muchas de ellas nunca merezcan la pena ser leídas. Al igual que los barcos de Tarsis, no sólo contienen oro, plata y marfil, sino también una gran cantidad de simios y pavos reales. Sin embargo, después de cada deducción, los escritos de Baxter generalmente contienen una gran masa de verdades sólidas, y verdades a menudo tratadas de la manera más sorprendente y magistral. El Dr. Barrow, que no es un juez insignificante, dice "Que sus escritos prácticos nunca fueron enmendados, y sus escritos controversiales rara vez confutados". El Obispo Wilkins declara "Que había cultivado todos los temas que había tratado, que si hubiera vivido en los tiempos primitivos habría sido uno de los Padres de la Iglesia, y que bastaba que una época produjera un hombre como el Sr. Baxter." Ese gran y buen hombre, William Wilberforce, dice: "Sus escritos prácticos son un tesoro de sabiduría cristiana"; y añade: "Debo rogar que se clasifique entre

los ornamentos más brillantes de la Iglesia de Inglaterra a este gran hombre, que fue tan vergonzosamente expulsado de la Iglesia en 1662."

Ciertamente, ningún hombre ha escrito jamás tres libros como las tres obras maestras de Baxter, "El descanso del santo", "El pastor reformado" y "El llamamiento a los inconversos". Creo que han sido de bendición para miles de almas, y son por sí solos suficientes para colocar al autor en el rango más alto de los escritores teológicos. De "El llamamiento a los inconversos" se imprimieron 20.000 ejemplares en un año. Seis hermanos se convirtieron a la vez al leerlo. Eliot, el misionero, lo apreciaba tanto que lo tradujo a la lengua india, como el primer libro después de la Biblia. Y realmente, cuando consideramos que todos los escritos de Baxter fueron compuestos en medio de intenso trabajo y feroz persecución, y a menudo bajo la presión de pesadas enfermedades corporales, la maravilla no es sólo que escribiera tanto, sino que gran parte de lo que escribió fuera tan bueno. El mundo nunca ha visto una diligencia y una redención del tiempo tan maravillosas. Una vez más digo, ¿no tengo derecho a decir que un hombre así merece ser alabado?

Por otra parte, Baxter fue uno de los mártires más pacientes por causa de la conciencia que Inglaterra haya visto jamás. Por supuesto, no quiero decir que él fuera llamado a sellar su fe con su sangre, como lo fueron nuestros Reformadores Protestantes. Pero existe tal cosa como "desgastar a los santos del Altísimo" mediante persecuciones y prisiones, así como derramar la sangre de los santos. Hay un "morir diariamente" que, para algunas naturalezas, es peor incluso que morir en la hoguera. Si hay algo que pone a prueba la fe y la paciencia, creo que es la constante caída de una persecución tan desgastante como la que Baxter tuvo que soportar durante casi los últimos veintinueve años de su vida. No había robado a nadie. No había asesinado a nadie. No había herido a nadie. No sostenía ninguna herejía.

Creía en todos los artículos de la fe cristiana. Y sin embargo, ningún ladrón o delincuente en la actualidad fue tratado tan vergonzosamente como este buen hombre. Sería una tarea interminable contar cuántas veces fue citado, multado, silenciado, encarcelado, llevado de un lugar a otro. Describir todas las horribles perversiones de la justicia a las que fue sometido sería doloroso e inútil. Sólo me permitiré dar un ejemplo, que será su juicio ante el Presidente del Tribunal Supremo Jeffreys.

Baxter fue juzgado ante Jeffreys en 1685, en Westminster Hall, bajo la acusación de haber publicado material sedicioso, reflexionando sobre los obispos, en una paráfrasis del Nuevo Testamento, que había publicado recientemente. No se podría haber hecho una acusación más infundada. El libro todavía existe, y cualquiera verá a simple vista que los supuestos pasajes sediciosos no prueban el caso. Fox, en su historia del reinado de Jacobo II, nos dice claramente "que el verdadero motivo para llevarlo a juicio fue el deseo de castigar a un eminente maestro disidente, cuya

reputación era alta entre su partido, y que se suponía que favorecía las opiniones políticas de los whigs".

Un espectador redactó un largo y gráfico relato del juicio, que ofrece una imagen tan vívida de la administración de justicia en los días de Baxter que puede ser útil ofrecer unos breves extractos del mismo.

Desde el comienzo del juicio estaba claro el sentido que se pretendía dar al veredicto. El Presidente del Tribunal Supremo de Inglaterra se comportó como si fuera el abogado acusador y no el juez. Condescendió a utilizar un lenguaje abusivo hacia el acusado, más propio de Billingsgate que de un tribunal de justicia. Uno tras otro, los abogados de la defensa fueron amedrentados, silenciados y reprimidos, o bien interrumpidos por violentas invectivas contra Baxter.

En un momento, el Presidente del Tribunal Supremo exclamó: "Este es un viejo bribón, que ha envenenado al mundo con su doctrina de Kidderminster. Alentó a todas las mujeres y sirvientas a traer sus agujas y dedales para hacer la guerra contra el Rey de bendita memoria. ¡Un viejo bribón cismático! ¡Un villano hipócrita!"

Luego llamó a Baxter "un viejo cabeza de bloque, un villano ingrato, un perro engreído, terco y fanático". "Que lo cuelguen", dijo, "este viejo ha lanzado más reproches sobre la constitución y disciplina de nuestra Iglesia que los que se borrarán en cien años. Pero me encargaré de él, pues merece ser azotado por toda la ciudad".

Poco después, cuando Baxter comenzó a decir unas palabras en su propio favor, Jeffreys lo detuvo, gritando: "Richard, Richard, ¿crees que te escucharemos envenenar a la Corte? Richard, eres un tipo viejo, un viejo bribón; has escrito libros como para cargar un carro, cada uno tan lleno de sedición, yo diría traición, como un huevo está lleno de carne. Si hubieras sido expulsado de tu oficio de escritor hace cuarenta años, habría sido feliz. Pretendes ser un predicador del Evangelio de la paz, aunque ya tienes un pie en la tumba, es hora de que pienses qué clase de cuenta pretendes dar. Pero si te dejo a ti mismo, veo que seguirás como has empezado; por lo tanto, por la gracia de Dios, yo cuidaré de ti. Sé que tienes un poderoso partido, y veo a gran parte de la hermandad en los rincones, esperando a ver qué será de esta poderosa paloma; así que, por la gracia de Dios Todopoderoso, ios aplastaré a todos! Vamos, ¿qué dices en tu favor, viejo bribón? ¡Vamos, habla!"

Todo esto, y mucho más del mismo tipo, e incluso peor, ocurrió en el juicio de Baxter. Los extractos que he dado son sólo una pequeña parte de todo el relato.

No hace falta decir que en un tribunal como éste, Baxter fue declarado culpable de inmediato. Se le impuso una multa de quinientos marcos, que se sabía que no podía pagar; se le condenó a permanecer en prisión hasta que la pagara, y se le

impuso la obligación de observar buena conducta durante siete años. Y el resultado del asunto fue que este pobre viudo, viejo, enfermo y sin hijos, de sesenta y diez años de edad, permaneció durante dos años en la cárcel de Southwark.

No es necesario, espero, comentar en este siglo que un juicio como éste fue una desgracia para la judicatura de Inglaterra, y una desgracia aún mayor para aquellas personas con las que se originó la información, que comúnmente se entiende que fueron Sherlock y L'Estrange. ¡Gracias a Dios! Confío en que Inglaterra, en cualquier caso, haya dicho adiós a juicios como estos, independientemente de lo que se haga en otras tierras! Desdichado, en verdad, es ese país donde se alienta a los delatores rastreros y furtivos, donde los terrores de la ley se dirigen más contra la santidad, la religión bíblica y la libertad de pensamiento que contra el vicio y la inmoralidad, y donde la sede de la justicia se utiliza para promover fines políticos o gratificar mezquinos rencores eclesiásticos.

Pero es justo que sepamos que bajo toda esta vil injusticia y persecución, la gracia y la paciencia de Baxter nunca le fallaron. "Estas cosas", dijo, en Westminster Hall, "seguramente se entenderá algún día, qué tontos son los protestantes que persiguen a los otros". Cuando fue injuriado, no volvió a injuriar. Devolvió bendición por maldición, y oración por maltrato. Pocos mártires han glorificado tanto a Dios en el fuego de un día como Richard Baxter lo hizo durante veinte años bajo el maltrato de los llamados protestantes. Una vez más, digo, ¿no tengo derecho a decirles que un hombre como éste merece ser recordado? Un hombre como él merece ser alabado.

Y ahora espero haber probado mi caso. Confío en que se admitirá que hay hombres que vivieron en tiempos pasados cuyo carácter es útil revisar, y que Baxter es innegablemente uno de ellos: un hombre de verdad, un verdadero héroe espiritual.

No pido a los hombres que lo consideren un ser perfecto e intachable, como no lo son Cranmer, Calvino, Knox o Wesley. No defiendo en absoluto algunas de las declaraciones doctrinales de Baxter. Intentó sistematizar cosas que no se pueden sistematizar, y fracasó. En sus escritos no se encuentra un evangelio tan claro y completo como en los de Owen, Bridge y Traill. No creo que siempre tuviera razón en sus juicios. Considero que su rechazo a un obispado fue un gran error. Con esa negativa rechazó una gloriosa oportunidad de hacer el bien. Si Baxter hubiera estado en el banco episcopal y en la Cámara de los Lores, no creo que el Acta de Uniformidad hubiera sido aprobada.

Pero en un mundo como éste debemos aceptar a los verdaderos cristianos tal como son, y estar agradecidos por lo que son. No es dado al hombre mortal ser impecable. Tomemos a Baxter en su conjunto, y hay pocos ministros ingleses del Evangelio, cuyo nombre merezca estar más alto que el suyo. Algunos lo han

superado en algunos dones y otros en otros. Pero rara vez se encuentran tantos dones unidos en un hombre como en Baxter. Eminente santidad personal, - asombroso poder como predicador, - incomparable habilidad pastoral, - infatigable diligencia como escritor, - mansedumbre y paciencia bajo inmerecida persecución, - todos se reúnen en el carácter de este hombre. Pongámoslo en lo alto de nuestra lista de hombres grandes y buenos. Démosle el honor que merece. No es poca cosa ser compatriota de Richard Baxter.

Y aquí permítanme señalar que pocos grupos de hombres están en mayor obligación con Baxter y sus amigos que los miembros de las sociedades religiosas voluntarias en la actualidad.

Se nos permite asociarnos sobre principios evangélicos y con fines religiosos, y nadie nos lo impide. Se nos permite reunirnos en gran número, y tomar dulces consejos unos con otros, y fortalecernos mutuamente en el servicio de Cristo, y nadie interfiere para impedirnoslo. Se nos permite reunirnos para propósitos devocionales, para leer la Palabra de Dios, y estimularnos unos a otros a perseverar en la fe, y nadie se atreve a prohibirnoslo. ¡Cuán grandes son todos estos privilegios! Cuán incalculable es el beneficio de la unión, la conferencia, la simpatía y el estímulo para los cristianos que navegan sobre las aguas tormentosas de este mundo malvado y tratan de hacer el bien. Bendito el trabajo de aquellos por cuyo cuidado y atención estas sociedades se mantienen unidas. Están sembrando una semilla preciosa. Pueden sembrar con mucho trabajo y desaliento, pero pueden estar seguros de que están sembrando una semilla que dará fruto después de muchos días.

Pero nunca olvidemos a quién debemos toda esta libertad de conferencia y asociación que disfrutamos. No olvidemos nunca que hubo un tiempo en que los informadores habrían seguido todos nuestros pasos, en que los alguaciles y los soldados habrían interrumpido bruscamente nuestras reuniones en Exeter Hall, y en que nuestros actos nos habrían acarreado penas, castigos, multas y encarcelamientos. No olvidemos nunca que la feliz y provechosa libertad de que gozamos sólo fue conquistada mediante largas e intensas luchas, mediante la sangre y los sufrimientos de hombres nobles, de los que el mundo no era digno; y no olvidemos nunca que los hombres que ganaron esta libertad para nosotros fueron aquellos hombres tan maltratados, estos fueron los puritanos.

Sí, todos tenemos una deuda con los puritanos, que confío nunca nos negaremos a reconocer. Vivimos en días en que muchos están dispuestos a menospreciarlos. Cuando viajamos por la vida, a menudo los oímos burlarse y abusar de ellos como sediciosos, rebeldes niveladores en las cosas del César, e ignorantes, fanáticos, entusiastas hipócritas en las cosas de Dios. A menudo oímos a algún muchacho engreído recién salido de la universidad, inflado con ideas recién nacidas de lo que él llama "sucesión apostólica", y orgulloso de una pequeña autoridad oficial,

depreciar y mofarse de los puritanos, como hombres desprovistos tanto de erudición como de verdadera religión, mientras que, en realidad, apenas es digno de sentarse a sus pies y llevar sus libros. Confío en que nunca prestaremos atención a tales calumnias y falsas afirmaciones.

Establezcamos en nuestras mentes que por su sana doctrina, espiritualidad y erudición combinadas, los puritanos están a la cabeza de los teólogos ingleses. Con todas sus faltas, debilidades y defectos, fueron los únicos que mantuvieron encendida la lámpara de la religión pura y evangélica en este país en tiempos de los Estuardo, los únicos que impidieron que las inclinaciones papistas de Laud llevaran a Inglaterra de nuevo a los brazos de Roma. Fueron ellos quienes libraron la batalla de la libertad religiosa, de la que estamos cosechando tantos frutos. Fueron ellos los que aplastaron el miserable espíritu de persecución inquisitorial que los equivocados miembros de la Alta Iglesia intentaron introducir en esta tierra. Démosles el honor que merecen. No permitamos que nadie hable mal de ellos en nuestra presencia. Recordemos nuestras obligaciones para con ellos, reverenciamos su memoria, defendamos con valentía su reputación y nunca tengamos miedo de defender su causa. Es la causa de la religión pura y evangélica. Es la causa de una Biblia abierta y de la libertad de reunirse, leer y orar juntos. Es la causa de la libertad de conciencia. Todo esto está ligado a Baxter y a los Puritanos. Recordémoslo y démosles su merecido.

Los últimos días de Baxter fueron casi tan notables como cualquiera de su vida. Descendió a su tumba tan tranquila y pacíficamente como el sol poniente en verano. Su lecho de muerte fue realmente glorioso.

Me gusta saber cómo mueren los grandes hombres. No me satisface saber que los hombres son grandes cristianos en la plenitud de las riquezas y los honores. Quiero saber si fueron grandes en vista de la tumba. No quiero simplemente saber cómo los hombres se encuentran con Reyes y Obispos y Parlamentos; quiero saber cómo se encuentran con el rey de los terrores, y cómo se sienten ante la perspectiva de estar ante el Rey de reyes. Sospecho de esa grandeza que al final abandona a un hombre. Me gusta saber cómo mueren los grandes hombres, y se me debe permitir detenerme unos instantes en la muerte de Baxter.

Pocos lechos de muerte, quizás, fueron más instructivos que el de este buen puritano. Su amigo, el Dr. Bates, ha dado una descripción completa de él, y creo que unos pocos hechos extraídos de él pueden ser una conclusión adecuada para esta biografía.

La última enfermedad de Baxter lo encontró viviendo tranquilamente en Charterhouse Square, cerca de la casa de reuniones de su amigo, el Dr. Sylvester. Aquí, durante los cuatro años que precedieron a su muerte, se le permitió disfrutar de una gran tranquilidad. La libertad de predicar las cosas concernientes al Señor

Jesucristo, sin que nadie se lo prohibiera, le fue finalmente concedida. "Aquí", dice el Dr. Calamy, "solía predicar con gran libertad sobre otro mundo, como si hubiera estado allí, y hubiera venido como de una suerte de expreso a hacer un informe de él". La tormenta de la persecución había terminado. Los vientos y las olas que durante tanto tiempo habían estallado sobre él se calmaron al fin. Al santo y viejo puritano se le permitió misericordiosamente descender a las orillas del Jordán en una gran calma.

Continuó predicando tanto tiempo, a pesar de su cuerpo agotado, que la última vez casi murió en el púlpito. Cuando la enfermedad le obligó a renunciar a su amado trabajo, y a llevarlo a su lecho de muerte, lo encontró siendo el mismo hombre que había sido durante cincuenta años. Sus últimas horas las pasó preparando a los demás y a sí mismo para encontrarse con Dios. Decía a los amigos que le visitaban: "Habéis venido aquí para aprender a morir. No soy el único que debe seguir este camino. Cuidaos de este mundo vano y engañoso, y de los deseos de la carne. Asegúrate de escoger a Dios como tu porción, el cielo como tu hogar, la gloria de Dios como tu fin, la Palabra de Dios como tu regla, y entonces nunca debes temer, sino que nos volveremos a encontrar con consuelo".

Nunca fue más humilde el pecador penitente, y nunca fue más tranquilo y confortable el creyente sincero. Dijo: "Dios puede condenarme justamente por el mejor deber que jamás hice; y todas mis esperanzas provienen de la libre misericordia de Dios en Cristo". A menudo había dicho antes: "Puedo creer más fácilmente que Dios me perdonará, que lo que puedo perdonarme a mí mismo".

Tras un sopor, despertó diciendo: "Descansaré de mis trabajos". Un ministro presente le dijo: "Y tus obras te seguirán". Él contestó: "Obras no; dejaré las obras, si Dios me concede lo otro". Cuando un amigo le consoló con el recuerdo del bien que muchos habían recibido de sus escritos, replicó: "Yo no era más que pluma en la mano de Dios, ¿y qué alabanza se debe a una pluma?".

Cuando el dolor extremo le hacía desear la muerte, se contenía y decía: "No me corresponde a mí prescribir, que sea cuando Tú quieras... lo que Tú quieras... cómo Tú quieras". Estando muy angustiado, decía: "¡Cuán inescrutables son sus caminos!" Y luego decía a sus amigos: "No penséis lo peor de la religión por lo que me veis sufrir".

Siendo interrogado a menudo por su amigo, sobre cómo estaba su hombre interior, respondió: "Tengo una bien fundada seguridad de mi felicidad eterna, y gran paz y consuelo en mi interior; pero mi pena es que no puedo expresarlo triunfalmente, a causa del extremo dolor". Y añadió, "La carne debe perecer, y debemos sentir el perecer; y aunque mi juicio se someta, el sentido me hará gemir".

Siendo interrogado por un noble si tenía gran alegría por su aprehensión creyente del estado invisible, respondió, "¿Para qué otra cosa, pensáis, sirve el cristianismo?". Y luego añadió, "que la consideración de la Deidad, en su gloria y grandeza, era demasiado alta para nuestros pensamientos; pero la consideración del Hijo de Dios en nuestra naturaleza, y de los santos en el cielo a quienes conocíamos y amábamos, le endulzaba y familiarizaba mucho el cielo." La descripción del cielo en el capítulo 12 de Hebreos, comenzando con la "innumerable compañía de ángeles", y terminando con "Jesús el Mediador, y la sangre de la aspersión", fue muy reconfortante para él. "¡Esa escritura," dijo, "merece mil pensamientos! "Y luego añadió: "¡Oh, qué comfortable es esa promesa: 'Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman'!".

En otra ocasión dijo que "encontraba gran consuelo y dulzura en repetir las palabras del Padre Nuestro, y lamentaba que algunos hombres buenos tuvieran prejuicios contra su uso; porque en él estaban contenidas todas las peticiones necesarias para el alma y el cuerpo".

Dio excelentes consejos a los jóvenes ministros que le visitaron en su lecho de muerte. Solía orar fervientemente "para que Dios bendijera sus trabajos, y los hiciera muy exitosos en convertir muchas almas a Cristo". Expresaba gran alegría por la esperanza de que Dios hiciera mucho bien con ellos, y de que tuvieran un espíritu moderado y pacífico.

No olvidaba el mundo que dejaba. Rezaba con frecuencia "para que Dios fuera misericordioso con este mundo miserable y distraído; y para que preservara su Iglesia y su interés en ella".

Aconsejó a sus amigos "que tuvieran cuidado con la arrogancia, como un pecado que puede arruinar a esta nación". Cuando se le preguntó al mismo tiempo si había cambiado de opinión en puntos controvertidos, respondió: "Aquellos que lo deseen pueden conocer mi opinión en mis escritos. Lo que he hecho no ha sido por mi propia reputación, sino por la gloria de Dios".

La víspera de su muerte, el Dr. Bates le visitó; y al decirle éste algunas palabras de consuelo, respondió: "Tengo dolor, no se puede discutir contra el sentido; pero tengo paz, tengo paz". Bates le dijo que iba a su ansiado hogar. Él respondió, "Creo, Creo". Se mostró muy dispuesto a morir. Durante su enfermedad, cuando se le preguntaba cómo estaba, su respuesta era, "¡Casi bien!" o bien, "Mejor de lo que merezco estar, pero no tan bien como espero estar". Sus últimas palabras fueron dirigidas al Dr. Sylvester, "Que el Señor te enseñe a morir".

El martes, 8 de diciembre de 1691, la guerra de Baxter se consumó; y por fin entró en lo que tan bellamente había descrito: - "el descanso eterno del santo".

Fue enterrado en Christchurch, entre las lágrimas de muchos que conocían su valor, aunque el mundo y la Iglesia oficial de la época no. El funeral fue ese tipo de funeral que está por encima de todo en el honor real: "hombres devotos lo llevaron a su tumba, e hicieron grandes lamentaciones sobre él".

No dejó familia, pero dejó tras de sí cientos de hijos e hijas espirituales. Dejó obras que aún son propiedad de Dios en todas partes del mundo para el despertar y la edificación de almas inmortales. Miles, no lo dudo, se levantarán en la mañana de la resurrección y darán gracias a Dios por la gracia y los dones concedidos al viejo puritano de Shropshire. Dejó un nombre que siempre será querido por todo amante de la santidad y todo amigo de la libertad religiosa. Ningún inglés, quizás, ejemplificó jamás lo uno, o promovió lo otro, más verdadera y realmente que Richard Baxter.

Permítanme concluir citando el último párrafo del sermón fúnebre del Dr. Bates con motivo de la muerte de Baxter: "Bendito sea el bondadoso Dios, que se complació en prolongar la vida de su siervo, tan útil y beneficioso para el mundo, hasta una edad plena, y que lo llevó lenta y seguramente al cielo". Concluiré este relato con mi propio deseo deliberado: Que pueda vivir el corto resto de mi vida tan enteramente para la gloria de Dios como él vivió; y cuando llegue al final de mi vida, que pueda morir en la misma bendita paz en la que él murió; que pueda estar con él en el reino de la luz y del amor por siempre.